
ESTUDIO FILOLÓGICO PRELIMINAR

Pedro Pablo Rodríguez

En su carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui del 1º de abril de 1895, justo antes de partir hacia la Guerra de Independencia de Cuba, José Martí confiaba, a quien desde algunos años atrás fungía como secretario suyo, la manera en que habría de organizarse la publicación en libros de sus escritos. Conocida por ello como su testamento literario, la misiva establecía que entre los seis tomos en que a juicio de Martí habría de reunirse su prosa, dos se dedicarían a norteamericanos y un tercero a «Escenas norteamericanas».¹

Tanto el destinatario como su hijo, Gonzalo de Quesada y Miranda, se mantuvieron fieles al deseo martiano en las diversas ediciones de sus *Obras completas* que prepararon. Así, en la más reciente de dichas colecciones, bajo el cuidado editorial del segundo (La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1965), reimpresa en varias ocasiones, los tomos 9 al 12 se titulan «Escenas norteamericanas» y el 13, «Norteamericanos, letras, pintura y artículos varios».

El hecho de que el propio Martí haya deseado reunir sus textos de temática estadounidense en volúmenes separados evidencia, sin dudas, que los consideraba como un cuerpo específico dentro del conjunto de su obra periodística, lo cual queda reafirmado cuando en más de una ocasión se refirió a sus propósitos e intenciones al escribirlos.² Sin embargo, el cumplimiento de la voluntad auto-

¹ En verdad, como ha demostrado la edición crítica de este documento, publicado bajo mi dirección en la compilación titulada *Testamentos de José Martí* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales y Centro de Estudios Martianos, 1996), el manuscrito está roto al indicar el tomo I, y parece que Martí escribió «Caracteres» antes de «norteamericanos».

² Véase en el anexo de esta colección sus cartas a Domingo Faustino Sarmiento y a su amigo mexicano Manuel Mercado.

ral ha traído como resultado la fragmentación de algunos textos, ya que con cierta frecuencia Martí incluía semblanzas de personalidades norteamericanas, a veces relativamente extensas, dentro de los temas variados que abarcaban las cartas que enviaba a los periódicos donde colaboraba.

La presente edición se propone reunir por vez primera, en estricto orden cronológico de publicación, todos los textos periodísticos de Martí que desde y sobre los Estados Unidos él emitiera para publicaciones periódicas dirigidas a lectores hispanoamericanos. Se persigue así permitir el conocimiento de sus ideas y evaluaciones acerca de los Estados Unidos, con los que pretendió crear una imagen y una perspectiva de aquella nación entre sus lectores, obra considerada por él mismo de importancia capital dado el papel crecientemente relevante que tomaban los Estados Unidos como potencia emergente en este Hemisferio.

Se respeta, por tanto, la voluntad martiana de juntar sus textos acerca de los Estados Unidos, en este caso reuniendo tanto los que tratan a personalidades como las «Escenas norteamericanas», y restituyendo los textos sin fragmentarlos, tal y como fueron publicados. Bajo tal criterio, se han excluido, pues, aquellos textos escritos por él desde Nueva York dedicados a otras temáticas, aunque sí se incluyen aquellos –como, por ejemplo, los dedicados a la Conferencia Internacional Americana de Washington–, donde Martí aborda problemas de las relaciones internacionales de aquella nación, tanto en sentido general como en su relación particular con algún otro país.

Para esta edición se han cotejado las transcripciones brindadas por las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba con los periódicos originales. En el caso de *El Partido Liberal* (México) se ha seguido la edición preparada por Ernesto Mejía Sánchez;³ de *La Opinión Nacional* (Caracas) y *La Nación* (Buenos Aires) se ha dispuesto de microfilmes, además de fotocopias en el caso del diario bonaerense; *La América* y *La Ofrenda de Oro* (ambas de Nueva York) se han podido revisar por los originales de las únicas e incompletas colecciones respectivas que se han localizado hasta el momento en todo el continente americano, y que se hallan en la biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística de La Habana; de *La Pluma* (Bogotá) sólo hemos tenido acceso a la fotocopia de un ejemplar. Para los demás periódicos, ya que no han podido ser consultadas sus ediciones, se siguen las transcripciones de las referidas *Obras completas* o las ofrecidas por los investigadores que han hecho hallazgos posteriores a su primera impresión. Varios textos publicados en *La Nación* (Buenos Aires), se ofrecen por primera ocasión en las obras martianas.

³ José Martí, *Otras crónicas de Nueva York*, investigación, introducción e índice de cartas por Ernesto Mejía Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Ed. de Ciencias Sociales, 1983.

Se ha modernizado la ortografía y se han corregido los nombres mal escritos, además de modernizarse la grafía de los nombres en lenguas extranjeras que no emplean nuestro alfabeto. Sin embargo, se respeta el manejo de las mayúsculas y de los signos de puntuación, pues hemos constatado en sus manuscritos el particular uso que Martí hacía de ambos; sólo en los casos en que resulta una evidente incongruencia o un error se ha añadido o suprimido algún signo, lo cual siempre se hace constar en nota al pie. Igualmente, en muy contados casos se colocan entre corchetes las palabras que a todas luces no fueron impresas por error y que parecen necesarias para hacer comprensible una idea. Así, ante toda duda se ha respetado lo más estrictamente posible los textos publicados en los periódicos, ya que no se dispone de los manuscritos originales de puño y letra de Martí, y es obvio y conocido que la escritura del cubano sufrió alteraciones de mano de sus editores, por criterios de corrección o perfil editorial.

Ante la imposibilidad material de ofrecer el amplio aparato que usamos para la edición crítica de las *Obras completas* de Martí –actualmente en ejecución por el Centro de Estudios Martianos–, se ha optado por presentar un cuerpo mínimo de notas al pie, que señalan todos los cambios y referencias respecto del propio texto publicado.

Llaman la atención las pocas erratas que aparecen en la mayoría de aquellas publicaciones, a pesar de las dificultades que seguramente imponía la transcripción de la caligrafía martiana, imposible de verificar con su autor dada la distancia que lo separaba de las redacciones, cuando no se trataba de periódicos impresos en Nueva York.

Se brindan los textos de aquellos periódicos en que hay constancia efectiva de que el mismo Martí enviaba sus escritos, no los de aquellos que según todos los indicios copiaban de estos, pues el interés es ofrecer el texto más cercanamente posible al pergeñado por él. En las notas al pie se incluyen los cambios observados de una a otra publicación, tomando como base la última versión publicada. Por supuesto que se ha privilegiado la versión de *La América*, dado que, por editarse esta revista en Nueva York, era más factible que Martí siguiera el texto hasta la imprenta, lo que efectuó sistemáticamente, sin duda alguna, desde enero de 1884 al menos, cuando asumió su dirección. Tal responsabilidad, además, permite asegurar una mayor coincidencia entre lo publicado en ella y el original manuscrito, pues no mediaba el criterio de otra persona encargada de aplicar la política o el perfil editorial.

Cuando los textos de *El Partido Liberal* y *La Nación* bonaerense sobre un mismo asunto divergen apreciablemente, se ha preferido reproducir los de cada cual, pues se han considerado como textos diferentes, aunque tengan muchos elementos comunes.

El trabajo de muchas personas en Cuba ha asegurado el completamiento de la ardua labor emprendida tesoneramente por el equipo bajo mi dirección.

Agradezco a todos por ello, pero no puedo dejar de nombrar a Norma Fernández, quien con amorosa dedicación se movió por más de un año de Rosario a Buenos Aires para comprobar qué había publicado *La Nación*, y pudo detectar una buena cantidad de textos no incluidos en *Obras completas* u ofrecidos allí solamente por la versión publicada antes en *La América*. Tampoco puedo pasar por alto la mención a Élide Lois, profesora de la Universidad de Buenos Aires, quien, con presteza y eficacia, logró que se nos abrieran los archivos del diario porteño, y nos ha enviado fotocopias de aquellos textos que no teníamos en microfilme en La Habana. Y, finalmente, a Liliana Maghenzani, Jefa del Archivo de Redacción de *La Nación*, por brindar su consentimiento y apoyo para todas esas búsquedas y fotocopias.

Esta colaboración internacional ha permitido completar el cuerpo textual de esta edición y acelerar sus preparativos. Creo, con sinceridad, que se ha trabajado «martianamente», con amor y dedicación.